

Lejanamente llega a estos españoles desterrados el eco de la tragedia, de los fusilamientos, de las traiciones, de las crueldades inútiles.

Sin embargo, una soledad sin remedio, la soledad llena de ruidos discordes de la vida moderna, rodea a Laura, a pesar de que su vida está cumplida y un hijo palpita en sus entrañas.—
MARIANO LATORRE.



<https://doi.org/10.29393/At175-13PVGK10013>

PUERTAS VERDES Y CAMINOS BLANCOS. Novela por *Chela Reyes*.
Editorial Nascimento, Santiago

Todo paisaje, por limitado que sea, tiene un punto culminante; a veces armónico y armoniosamente rodeado por el todo, que se extiende bajo su perspectiva; y a veces sorpresivo abrupto, como un límite final. Diríamos entonces, que esto último, es como un paisaje partido.

Esta novela de Chela Reyes, se ha detenido, a nuestro juicio, en la parte precisamente culminante de la acción, cuando esperábamos ver, desde ese punto a que íbamos alcanzando, más amplias perspectivas. Nuestra mirada se iba interesando y ahondando más cada vez en la observación de inesperados detalles; detalles un tanto incongruentes y sin trabazón, algunos, pero todos de singular y original belleza.

Deliberadamente incongruente, nos parece la construcción de esta pequeña novela. Y estéticamente incongruente, el carácter de la heroína. Esa muchachita que encontramos echada de bruces, al comienzo de la lectura, junto a un hilillo de agua que corre por entre menudas hierbas, a las que, en su fantasía, convierte en selvas fabulosas, cuyos monstruos son las hormigas, se nos ocurre no es la misma muchacha que, desde la falda de un cerro, ve allá abajo, a la sombra de un árbol, a un hombre y a una mujer, tendidos y muy juntos, a los que des-

pués, estremecida y afebrada, cree ver convertirse en una sola aleteante y jadeante mariposa: tampoco se nos parece a esa joven que, a través de un tabique, «ve» en el cuarto vecino, al pobre hombre inválido y enamorado, cuya mujer le abandona y se va por la calle, al llamado de otro amor. Sin ver, comprende y conoce ahora lo que antes vió bajo el árbol y presintió sin conocer.

Ahí se detienen la niña y la novela, al margen de la vida. Le pareció a aquélla, que lo demás no valía ya la pena de verse.

Es un interesante y hermoso tipo de mujer el pintado, o mejor, el esbozado por Chela Reyes, en estas «Puertas Verdes». De un romanticismo recogido, íntimo e inteligente, en cuya superficie, quienes la miraran, observarían sólo como una dejadez o confusa abulia, o no observarían nada, tiene sin embargo, dentro una reconcentrada y desfalleciente fuerza de emoción, y quizá, de acción; esa fuerza del legítimo romanticismo que, si no actúa, es porque no quiere; porque juzga indigno o estúpido el hacerlo. Romanticismo un tanto pagano es el de esta María Milagros, y un tanto contradictorio a la vez; pues acepta naturalmente y sin tontos escrúpulos, los amores ilícitos de su madre viuda, y no quiere aceptar ese amor medio ideal, pero convencional, que su novio le ofrece. Ella siente en realidad otro amor, distinto a esos dos amores: un amor interno, externo y espontáneo... Acá, en el final de la novela, en ese tercer caso de amor, es decir, en esa mujer que huye de un marido para ella inútil, está quizá la clave del amor de María Milagros.

La novela está bien escrita; aunque en un tono un tanto desafinado que, a veces se eleva prosopopéyicamente, y a veces se queda enredado por bajo el ritmo natural. La acción, sencilla, algo estática, parece no avanzar, sino que fuésemos nosotros los que avanzamos y llegamos de pronto a ese final repentino. Pero, toda ella está llena de naturalidad y calidad, sin gazmoñerías ni atrevimientos. Hay trozos de poético realismo:

«Muy arriba, en el delgado camino orlado de rocas, sumer-

gida en la caja obscura, yacía en una forma de muerte, abandonada de las cosas. Y el *alma parpadeaba*, y el pensamiento, mariposa tenaz, hacía la ronda sin querer.

«Rodaba el automóvil, rodaba la noche densa y cálida.

«—¿Duermes, María Milagros?

«La voz de Eduardo me trajo a la realidad.

«—No. . . ., tal vez. . . .—contesté.

«El miró a mi madre, y ambos me miraron con extrañeza, pero luego se tomaron de las manos, acomodándose mejor en sus asientos. Mi hermano, dormía.

«El recuerdo de un perfume, emanación de las ropas de Eduardo al inclinarse a preguntar, me inundó los sentidos, y sentí en la agudeza mortal de esos segundos, hondo desfallecimiento, por la evocación de los cabellos de mi amor, en sus labios tenaces y ardientes, deteniéndose en un vértigo, sobre mi boca desvanecida.

«Violenta subía la llama, reclamando su derecho, y ardía inexorable en mis venas.

«Abrí la ventanilla del automóvil, y una frescura estática, olor de noche sin viento, me inundó, etc.» (Págs. . . .).

Así muchas páginas. Nosotros le hubiésemos pedido, a la novelista, más proporciones, más dimensión; pues, cuando realmente la novela comienza a ponerse interesante, termina de pronto. El argumento y la autora daban para más, para mucho más.



CISNEROS, Biografía, por *Alejandro Vicuña*.—Edit. Nascimento: Santiago.

Con una evocación al propio cardenal Cisneros, abre el autor este libro sobre el ínclito Ministro de los Reyes Católicos, poniéndole, a aquel hombre del pasado, como ejemplo y guía